

SEGUIR A JESUCRISTO

Queridos jóvenes: Al comenzar la Cuaresma, el Evangelio nos recuerda que es tiempo de oración y penitencia.

La oración nos lleva al trato íntimo con nuestro Salvador, Jesucristo. Somos sus amigos, queremos estar allí donde está Jesús y para ello debemos orar, que significa abrir nuestros corazones a Cristo y dialogar con El como dialogamos con el mejor de los amigos.

Contemplamos la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Meditamos en su sufrimiento por nosotros, para liberarnos del pecado y salvarnos para la eternidad. Jesús decía: "Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y sígame." Jesús exige que para ser sus discípulos tenemos que negar nuestros egoísmos, cumplir con nuestros deberes diarios, cargando como el Maestro nuestra propia cruz de cada día y aceptar la voluntad de Dios en nuestras vidas. Esta es la penitencia pasiva, la que carga la Cruz de día en día. Un Cristianismo flojo y blando, sin Cruz, sin sentido del sacrificio, es un Cristianismo falso.

Seguir a Jesucristo es una aventura y un reto. No es fácil, pero es maravilloso. Para seguir a Cristo debemos practicar la penitencia. La penitencia tritura el mal en nuestras almas. La penitencia nos libera del efecto del pecado, vence el egoísmo, vence la pereza, vence la soberbia. La penitencia nos asemeja a Cristo, siempre dispuesto a amar y servir a los demás porque su alma estaba libre de los efectos del pecado.

El ayuno es la forma de penitencia activa. La Iglesia manda el ayuno dos días al año, el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. El ayuno es mandatorio para todo católico entre las edades de 18 a 59 años inclusive, si su salud se lo permite. Consiste en hacer una sola comida completa al día. Se pueden hacer dos meriendas pequeñas. No se come entre comidas. Se puede tomar líquidos.

La abstinencia de carne se practica todos los viernes de Cuaresma, el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. Normalmente, obliga a todos los católicos mayores de 14 años de edad.

Si una persona no puede observar las reglas anteriores, le animamos a practicar otra forma de penitencia activa de acuerdo a su condición. Pero todavía hay mucho que podemos hacer para seguir a Jesucristo. Hay cosas mejores que podemos ofrecer a Dios. Existen muchas formas de penitencia activa que practicamos en la Cuaresma por amor de Cristo: Por ejemplo, privarnos de comer helado, comer dulces, de ir al cine. Para que esto tenga sentido, lo podemos completar con el sacrificio de la limosna, para donar a las misiones, a los niños de Haití que tanto han sufrido, el dinero que nuestros gustos hubiesen costado y que nos hemos ahorrado por privarnos de ello. Así, podemos donar a los que no tienen lo que hubiésemos gastado en dulces o en el cine. Esto agrada mucho a Dios y nos hace semejantes a Jesucristo.

No crean que la mejor limosna es dar monedas a un pordiosero. La mejor limosna es dar de nosotros mismos, dar calidad de vida, dar tiempo, dar esfuerzo, a un anciano que necesita quien lo escuche; a un enfermo que necesita quien lo conforte; a un amigo que lo ha perdido todo; a un preso que necesita quien lo visite en la cárcel; a quien tiene sed no sólo de agua pero de que se le haga justicia; a los desempleados para que no terminen en la desesperación; a los hambrientos que no tienen alimentos... Son las obras de misericordia que transforman el mundo cruel e inhumano en una civilización de amor y de esperanza. Es tiempo de penitencia porque como dice Jesús en los Evangelios: "Si no hacen penitencia, todos igualmente perecerán." La penitencia hace posible la vida espiritual, la vida interior. Gracias a la penitencia desarrollamos una amistad íntima con el Señor que nos lleva de indiferentes con Cristo a ser sus discípulos, que nos lleva de ser meros discípulos a ser sus amigos íntimos, socios en la redención de la humanidad.

La penitencia se practica para obtener el perdón de nuestros pecados; para emprender una obra difícil; para obtener el cese de una calamidad (*como la guerra, una catástrofe natural, la ola criminal que nos azota*); para conseguir una gracia particular difícil de ver realizada; para cumplir con una misión que Dios nos llama; para conseguir la conversión de un pecador; para prepararnos para el encuentro con Dios. Nada más útil, nada más poderoso, nada tan capaz como la penitencia para darnos alegría interior, paz a nuestro espíritu, presencia de Dios en nuestro corazón.

No debemos rehuir la penitencia por miedo, o por falta de sentido sobrenatural en nuestras vidas, o por considerarla inútil, o por ser egoístas, o por pensar que es una práctica anticuada que ha pasado de moda. La penitencia te ayudará a obtener la vida eterna. Rehuir la penitencia significa también rehuir la santidad y quizás, rehuir la salvación.

La mejor forma de penitencia es santificar nuestros deberes diarios. Levantarnos a la hora prevista para ir a la escuela venciendo la pereza del momento; la puntualidad en el trabajo; la calidad de nuestros estudios, de nuestras asignaciones y tareas diarias; el trabajo bien acabado en los detalles; sonreír cuando tratamos a una persona que no es de nuestro agrado; ser sobrios en la comida y la bebida; cuidar las cosas que usamos; ser ordenados y limpios; ser humildes cuando nos corrijan nuestros defectos; ser respetuosos y considerados con nuestros mayores. Todo esto es posible solamente si oras todos los días, si meditas en la bondad de Jesucristo que se entregó por cada uno de nosotros.

Encontrarás que la oración y la penitencia bien llevada te convertirán en una persona ALEGRE, FELIZ, CONTENTA. Los sacrificios ofrecidos por amor a Dios te darán la paz de Cristo que el mundo no puede quitar aún en medio de las pruebas y dificultades de la vida. Así, la penitencia te sorprenderá porque en lugar de hacerte una persona triste, te dará el gozo de la presencia de Dios en tu corazón.

Es necesario que aprendas a lograr la pureza del corazón, a que progreses en tu vida interior, en tu relación amistosa con Cristo. Debes aprender a mortificar tu imaginación, para que evites que se desborden tus fantasías y mejor uses tu imaginación para ayudarte en la oración con Dios; evita dar vueltas en tu mente a las ofensas que te hacen, probablemente sin mala intención, para evitar que el egoísmo y la soberbia te quiten la paz interior y la presencia de Dios en tu corazón. Aprende a mortificar tu memoria, para que evites los recuerdos inútiles del pasado que te quitan la energía y el buen ánimo y te pueden llevar a peores tentaciones. Aprende a mortificar tu inteligencia, para que seas humilde y caritativo y no quieras prevalecer siempre en las discusiones y los juicios de las cosas. Así tendrás muchos y buenos amigos.

Acompañemos a Jesús en estos días de la Cuaresma, contemplando su Humanidad Santísima, sus sufrimientos y su Cruz, meditando en el Vía Crucis de amor que El nos

ofrece voluntariamente para salvarnos del mal; aprendamos el valor de la oración y la penitencia, el ayuno y la limosna, y hagamos de este mundo un mejor lugar para vivir en la amistad de Jesucristo.

Miremos como ejemplos a imitar a los Beatos Francisco y Jacinta Marto, pastorcitos de Fátima, que se vieron transformados por la visita de la Santísima Virgen María, que les enseñó a orar y a meditar para descubrir el misterio de Dios. Los pastorcitos de nueve y siete años respectivamente, supieron ofrecer al Señor lo mejor de sus vidas, se privaban de muchas cosas que les gustaban por amor a Jesús y para compartir con El espiritualmente sus sufrimientos en la Cruz, para reparar el daño que nuestros pecados y los pecados de la humanidad hacen al Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia, "que pena y sangra por tantas partes atribulada". Sin embargo nunca perdieron la alegría, el entusiasmo, la verdadera felicidad que es la paz de Cristo.

Con su beatificación, el Siervo de Dios, el Santo Padre Juan Pablo II, el Grande, quiso enfocar el valor de la oración, la penitencia, el ayuno y la limosna, para llevar las almas a Cristo, aún en personas de tan tierna edad, aún en los niños más pequeños. Francisco y Jacinta dieron lo mejor de sí mismos y eso es lo que hoy nos pide Nuestro Señor Jesucristo, que demos lo mejor de cada uno de nosotros por amor. Que esta Cuaresma transforme nuestras vidas y nos haga verdaderos amigos de Cristo. Que así sea.

¡Dios les bendiga ahora y siempre!

Prof. Américo López-Ortiz
Presidente Internacional del Apostolado Mundial de Fátima